SEVILLA
DESAPARECIDA



AUTORÍA DESCONOCIDA / BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE EEUU

SEVILLA
DESAPARECIDA

Manuel Jesús Roldán Salgueiro

Documentación
Natalia Roldán Rodríguez

efadós

SEVILLA
DESAPARECIDA

Colección «Andalucía Desaparecida»

Primera edición: Noviembre de 2026
© de los textos: Manuel Jesús Roldán Salgueiro
© del prólogo: Javier Navarro de Pablos
© de las fotografías: diversos autores
© de la colección: Editorial Efadós
© de la edición: Editorial Efadós

EDITORIAL EFADÓS
Calle de Edison, 3, nave A
Polígono industrial Les Torrenteres
08754 El Papiol (Barcelona)
Teléfono: 93 673 12 12
efados@efados.cat
www.efados.cat

Idea original y diseño:
Editorial Efadós

Documentación
Natalia Roldán Rodríguez

Fotografía de la cubierta:
Charles Clifford / Paul Getty Museum

Acrónimos:
BNE: Biblioteca Nacional de España
CRDI: *Centre de Recerca i Difusió de la Imatge,* Ayuntamineto de Girona
ICAS: Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla
INSPAI: Centro de la Imagen de la Diputación de Girona
RABASF: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

ISBN 979-13-87658-00-7
D. L. B-21578-2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo se puede llevar a cabo con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) - www.cedro.org

Índice

Pág. 6
PRÓLOGO
Luz vieja

Pág. 8
INTRODUCCIÓN
La mirada como resistencia

Pág. 13
CATEDRAL VERSUS ALCÁZAR
El mejor cahíz de tierra

Pág. 49
PLAZAS
El ágora imposible

Pág. 91
LA CALLE ES NUESTRA
Al menos, en la memoria

Pág. 123
MURALLAS Y PUERTAS
Vivir dentro o fuera

Pág. 157
ARRABALES
Un río, muchas orillas

Pág. 184
ÍNDICE ALFABÉTICO

LUZ VIEJA

Javier Navarro de Pablos, arquitecto

En 1838, Louis Daguerre abrió la ventana de su estudio para que una placa de cobre recubierta de plata interactuase con la luz de París. Carruajes, vendedores, paseantes, perros y pájaros se disolvieron, y solo quedó impreso un hombre que se había parado a que le limpiaran las botas. La fotografía nació así, tallando la piedra y borrando la vida. Cuando los primeros fotógrafos llegaron a Sevilla poco después, cargados con pesados aparatos, la técnica no había avanzado demasiado: calles limpias, plazas vacías y algunos figurantes en una impostada quietud tras largos ratos de exposición.

Aunque parezca una fábula, la colección de imágenes reunida por Manuel Jesús Roldán no es más que un repositorio de las partículas lumínicas que cegaron los ojos de aquellos viajeros. El sol que ahora nos abrasa es el mismo que iluminó esa ciudad de arrabales, mercados y puertos bulliciosos. Gracias al viejo astro, podemos recorrerla en los blancos, sepias, grises e intensos azabaches que dibujan no solo una, sino muchas ciudades desaparecidas. Roldán nos acerca a ellas, tan escurridizas como los paseantes que no salieron en el primer daguerrotipo: edificios derribados, murallas amputadas, conventos expoliados y orillas salvajes han desaparecido de nuestro mapa. Dispersas en archivos digitales, carpetas sin etiquetar y caóticas bibliotecas familiares, esas escenas reviven en estas hojas, como si la celulosa y la tinta hubiesen obrado el milagro de Lázaro.

Al llegar a la última página no sabremos si vivimos en una plancha de cobre o en una ciudad real –Sevilla se permite estos juegos–, pero tendremos la certeza de haberla recorrido guiados por alguien que la conoce como si las calles le brotasen de las manos. Decía Hannah Arendt que Walter Benjamin era lo más parecido a un pescador de perlas. Al igual que aquellos intrépidos que se lanzaban al fondo del mar para escoger las piezas donde el sol se reflejaba en el nácar, Roldán rescata del fondo limoso del Guadalquivir las imágenes precisas, escogidas con el mismo cuidado con el que el escritor elegía las palabras. La Sevilla desaparecida está hoy diluida en infinitas partículas de polvo, fango, cenizas y escombros; de ella solo nos queda la luz que algún día bañó tejas, tranvías, palmeras, azulejos, tapias, mimbres, pantalones de lino, sombreros de seminaristas, balcones de forja, barcos varados, palios y murallas. Basta entornar los ojos y ver, quieta como aquel parisino incauto, la luz vieja que aquí renace.



AZP-488 / S. AZPIAZU / ARCHIVO MUNICIPAL VITORIA-GASTEIZ

Introducción

LA MIRADA COMO RESISTENCIA

Manuel Jesús Roldán Salgueiro, historiador del Arte y profesor

Sevilla no existe. Como no existe la antigua Spal, la romana Híspalis, la musulmana Ishbiliya o la Roma triunfante que cantaba Cervantes ante el túmulo funerario de Felipe II.

Existe una memoria colectiva llamada «Sevilla». Particular e intransferible. Con lo que queda y con lo que se recuerda. Con la apariencia actual de sus calles y plazas, carne de postal epidérmica y de consumo turístico superficial, y con la vivencia de cada uno de sus vecinos. Calles y plazas son la apariencia física y la vivencia personal, cargada de un peso histórico siempre inabarcable. Somos lo que aparentamos y lo que recordamos.

Más de dos mil años de historia conllevan innumerables muescas en la piel de una ciudad en la que pueden encontrarse rasgos de todas las culturas occidentales: fenicios, romanos, visigodos, Islam, Gótico, Renacimiento, Barroco, Ilustración, Romanticismo, costumbrismo, vanguardia… Una sucesión continua de vida que define el trazado de una urbe que fue capital comercial del mundo y que también fue ciudad agraria, que sobrevivió a invasiones vikingas, a asedios, a inundaciones y epidemias de peste; a ilustrados furibundos, a expolios napoleónicos, a bombardeos liberales, a revoluciones desamortizadoras, a revolucionarios incendiarios de patrimonio, a dictaduras especuladoras y a supuestos modernos que no supieron conservar lo mejor del pasado. Y, aun así, la ciudad sobrevivió.

Una ciudad con tanta historia creó, desde muy pronto, una imagen de sí misma que se proyectaba al exterior. Pocas ciudades europeas han sido tan representadas por



GARZÓN / RABASF



SALVADOR AZPIAZU / ARCHIVO MUNICIPAL VITORIA-GASTEIZ

ARQUILLO DEL AYUNTAMIENTO

Hasta el derribo del antiguo convento Casa Grande de San Francisco en la actual plaza Nueva, fue el acceso natural al cenobio franciscano. Se mantiene la ordenación diseñada por Balbino Marrón, todavía sin el edificio de Telefónica. Hércules y Julio César, añadidos a la decoración renacentista, recuerdan el origen legendario e histórico de la ciudad.

SOCIOLOGÍA DE LA CIUDAD

Hacia 1900, Azpiazu retrata una sociedad de clases. La niña de familia acomodada pasea de la mano de una dama en la que perviven el luto y el corsé. Perduran las mantillas. Un niño aspira a ser mayor vestido con elementos marineros. Pasea un soldado a la usanza del siglo XIX. Hay sombreros distinguidos y gorras proletarias. Y las sillas anuncian procesiones en la plaza.

los viajeros desde el Renacimiento y de pocas ciudades se han realizado tantas fotos y se han impreso tantas postales. En el siglo XVI, los viajeros flamencos ya se esmeraban en hacer vistas de una ciudad, lo que hoy llamaríamos un *skyline*, en las que condensaban lo imposible, intentando incluir en sus vistas las más de cien iglesias de la ciudad, sus decenas de conventos y palacios, su imponente muralla y sus puertas monumentales junto al río que servía de espejo para sus dos orillas. Misión imposible que se multiplicó en el siglo XIX, cuando la llegada de la fotografía distribuyó la iconografía de la ciudad por el mundo, repitiendo algunos de sus iconos: Giralda, Torre del Oro, barrio de Santa Cruz, puente de Triana… y olvidando otros muchos, algo habitual en la creación de los clichés turísticos que comenzaron en una centuria que condenó a la ciudad a ser una simplificación de toreros, gitanas, bailes y exotismo.

La sobreexposición mediática de la ciudad permite encontrar imágenes de Sevilla en los más variados archivos gráficos. Este libro muestra imágenes que provienen de Washington, Los Ángeles, Zúrich, Estocolmo, Ámsterdam, Vitoria, Girona o Madrid. Y hasta de Sevilla. Un compendio de difícil selección en el que se ha querido apuntar, tarea imposible, una mirada a la ciudad que comienza con la invención de la fotografía en el siglo XIX y que supera los años centrales del siglo XX. Una mirada en círculos concéntricos, desde la catedral y el Alcázar como el corazón sentimental y real de la ciudad, para continuar con las periferias interiores a la antigua muralla, recordar sus antiguas puertas y terminar con arrabales que son tan sevillanos como el Giraldillo que corona la Giralda. Hay mucha desaparición y mucha transformación, pero también mucha pervivencia. Y memoria. Da fe de ello la escultura de la Fe de bronce que remata el alminar-campanario de la catedral. Es veleta y se mueve, pero resiste el paso del tiempo.

Como Sevilla.



P.Z. / EDITORIAL EFADÓS

CATEDRAL VERSUS ALCÁZAR

El mejor cahíz de tierra

El poder religioso de la mayor catedral gótica del mundo frente al poder político de la residencia real habitada más antigua de Europa. Vivero para la hipérbole del guía turístico. Y para el consumo del sevillano, que todavía reconoce aquí el centro neurálgico de su Sevilla. Rodeados por el mayor archivo del mundo hispano. Islam, Gótico, Renacimiento y Barroco. Espacios rodeados por cadenas y por murallas, otra metáfora de una ciudad que no se expone nunca a primera vista. Un espacio para la excepción: catedral con alminar almohade que se empieza por los pies y no por la cabecera; alcázar que aparenta ser musulmán, pero que tiene más siglos de reyes cristianos, aunque alguno fuera mudéjar… «Extremo serás del mundo, Sevilla, pues en ti vemos juntarse los dos extremos». La sentencia que recogió el bachiller Peraza.

Y un barrio de postal. La antigua judería de Santa Cruz y San Bartolomé reconvertida en motivo de postal. La ciudad de consumo.



LUCIEN LEVY / RIJKSMUSEUM

LA GIRALDA EN 1885

Tradicional vista de la torre campanario desde la actual calle Mateos Gago, por entonces rotulada como «Comuneros» tras la fusión de las vías tituladas como «Borceguinería» y «Mesón del Moro». El espacio sería ampliado en el ensanche de la zona en los años previos a la Exposición Iberoamericana de 1929.

LA CATEDRAL HACIA 1866

Últimos años del reinado de Isabel II. Vista desde el Alcázar del gran templo gótico, que espera la finalización de sus grandes portadas en el tercio final del siglo. La plaza del Triunfo aparece sin el monumento de la Inmaculada y la acera del convento de la Encarnación apenas está urbanizada.

J. LAURENT / NATIONAL GALLERY OF ART LIBRARY, WASHINGTON

